

---

ALDRICH, R. (1996): *Education for the Nation* (Londres, Casell), 152 pp.

La educación es la experiencia más importante y más compartida en nuestra vida. Experiencias educativas tenemos en la familia, en el trabajo, en el bus, en el tren, en el cine, televisión, etc.; podría decirse incluso que estamos ante una posibilidad humana que puede resultar omnipresente si se sabe canalizar al objetivo último de la formación y de la mejora de la persona. Esta tesis, sugerente a la vez que provocativa, constituye el tema central de la obra de Richard Aldrich. El autor, consciente que no toda influencia social es de suyo educativa, apuesta sin embargo por la posibilidad de serlo. Por eso, aunque la educación no puede dar todas las respuestas a los interrogantes del hombre moderno, le otorga el reto clásico de actualizar el ser. Con todo, no se atreve a definirla, la considera algo tan penetrante e importante que le resulta difícil hacerlo. En cualquier caso, apuesta por convertir la educación en lo que siempre ha sido: una esperanza de mejora moral, espiritual, material, etc.; en definitiva, su obra es en cierto modo recurrente ya que supone un intento por renovar la fe en las virtualidades de una educación nacional abierta y sometida a criterios de funcionalidad, control, evaluación y eficacia.

*Education for the Nation* pretende sobre todo ofrecer una base para restaurar el principio del debate informado y ayudar a la formación de toma de decisiones en la educación individual y nacional. La provisión de dicha base es precisamente su reto y su objetivo y, a la postre: la tarea educacional más urgente de nuestros días. La obra que tiene, metodológicamente hablando, una base pseudohistórica, está muy lejos de ser precisamente un tratado de historia o algo que se le parezca. Simplemente al autor le ha servido la experiencia de la historia y defiende la importancia capital de aceptar a la sociedad como una realidad plural y abierta, con individuos y cosmovisiones diferentes; pero a su vez complementarias y enriquecedoras por proceder todas las ideas de una realidad común como es la naturaleza humana. Tal planteamiento le sirve a Aldrich como punto de partida operativo para arriesgarse a discernir qué es importante y duradero de lo que es insignificante y transitorio, y, muy especialmente, para identificar y explicar las continuidades y los cambios que hay que realizar para el progreso de los pueblos.

Esta tarea, la centra en siete aspectos que constituyen los ejes de su investigación: el acceso a la educación, el curriculum, la evaluación, la calidad de enseñanza, el control educativo, el rendimiento económico de la educación, y por último, el consumo de educación. Cada uno de los siete capítulos constituye una reflexión independiente sin aparente relación uno con otro, hasta llegar a la conclusión final, que actúa como elemento vinculante a todos ellos, y que no es otra que la inversión educativa como mejor respuesta a las demandas de una sociedad abierta, pragmática y cambiante.

El primer capítulo se centra en el problema del acceso a la educación. Cuestión que para el autor exige un acto de libertad definido por el firme deseo de participar en una actividad educativa; se trata de querer activamente mejorar. Indudablemente esta decisión se halla tamizada por muchísimos factores y además de muy diversa índole; si bien Aldrich apuesta por dos categorías operativas que es necesario considerar en esa decisión. La primera, es la naturaleza y extensión de las posibilidades educacionales disponibles en un lugar y en un tiempo particular y concreto. Tal posibilidad educacional puede incluir escuelas y otras instituciones formales, pero también se han de tener presentes otras instancias: iglesias, clubs, bibliotecas, instalaciones deportivas, etc. La segunda categoría comprende factores exógenos y endógenos: salud, clase social, sexo, edad, raza, habilidad física y mental, y otros más que de una manera directa o indirecta pueden incidir en la posibilidad educativa. Para Aldrich, la clase social y el sexo han sido quizá los factores más influyentes históricamente hablando. Pero en 1996, el énfasis es la igualdad, hasta el punto que para el autor no hay en la actualidad diferencias notables entre una clase social y otra, ni tampoco la hay desde un punto de vista sociológico entre lo masculino y femenino; en definitiva, sostiene que en las sociedades modernas y occidentales es posible que los individuos puedan actualizar su derecho a una educación básica formal e informal sin demasiadas dificultades.

El segundo capítulo se refiere al *Curriculum*. El término «curriculum» Aldrich lo utiliza en una doble acepción. Por un lado lo considera en sentido estricto; es decir, aquellos contenidos reglados, sistematizados y programados por una institución escolar de índole formal. Por otro, lo considera en sentido lato, entendiendo por tal todas las experiencias de aprendizaje que ocurren en una institución educacional no necesariamente formal y que pueden albergar contenidos educativos tanto o más importantes que los recibidos en las instituciones formales. Se trata en definitiva de elegir y de aprovechar las diferentes oportunidades que al respecto ofrecen las sociedades abiertas.

El tercer capítulo se centra en el tema de los *Estándares y en la valoración* de la educación. Después de analizar brevemente cómo se han entendido estos criterios históricamente, principalmente los métodos orales, Aldrich centra su exposición en la importancia de las pruebas escritas como medio más operativo de selección. Posteriormente apuesta sin reservas por la necesidad de una educación de calidad apoyada en la competitividad y en las pruebas estandarizadas, matizando diversos grados de valoración en aras de apoyar la calidad en puestos de relevancia e influencia pública, científica, económica, social, etc. Evaluación que Aldrich no pretende limitar o reducir a instancias públicas u oficiales, sino hacerla doctrina común de todos los resortes sociales. Sólo así —concluye— es posible conseguir un nivel óptimo de competencia y calidad en la cultura de cada nación.

Los tres capítulos siguientes giran en torno a los *principios de calidad de enseñanza, control de la educación y rendimiento económico*. Variables, en cierto modo interdependientes, que para Aldrich dependen respectivamente de la buena selección y formación permanente del profesorado; de una correcta inspección y evaluación de los agentes personales, materiales, económicos e ideológicos que inciden en la educación; y, finalmente, del equilibrio que se ha de procurar entre las demandas económicas de una sociedad abierta y las posibilidades que el capital humano tiene de generarlas. Variables que son susceptibles de optimizar cuando existen criterios de unidad, control y evaluación de los diferentes procesos educativos.

El último capítulo, referido a los *consumidores* de la educación, es en cierto modo el epílogo y conclusión de este profesor de educación en el Instituto de Educación de la Universidad de Londres. Para Aldrich, el hombre moderno es ante todo un consumidor de bienes y especialmente de bienes educativos. Sólo desde la educabilidad diversa, el ciudadano puede desenvolverse con eficacia y garantías de éxito en un mundo competitivo que demanda funcionalidad. Quizá los políticos y la clase dirigente no hayan sido y todavía no sean plenamente conscientes de las virtualidades de esta necesidad. En cualquier caso, aquí radica la mejor inversión de una sociedad moderna: fomentar, posibilitar, controlar y evaluar la idea de educación inicial y continua en todos los resortes de la cultura y de la sociedad.

Javier Vergara

Universidad Nacional de Educación a Distancia